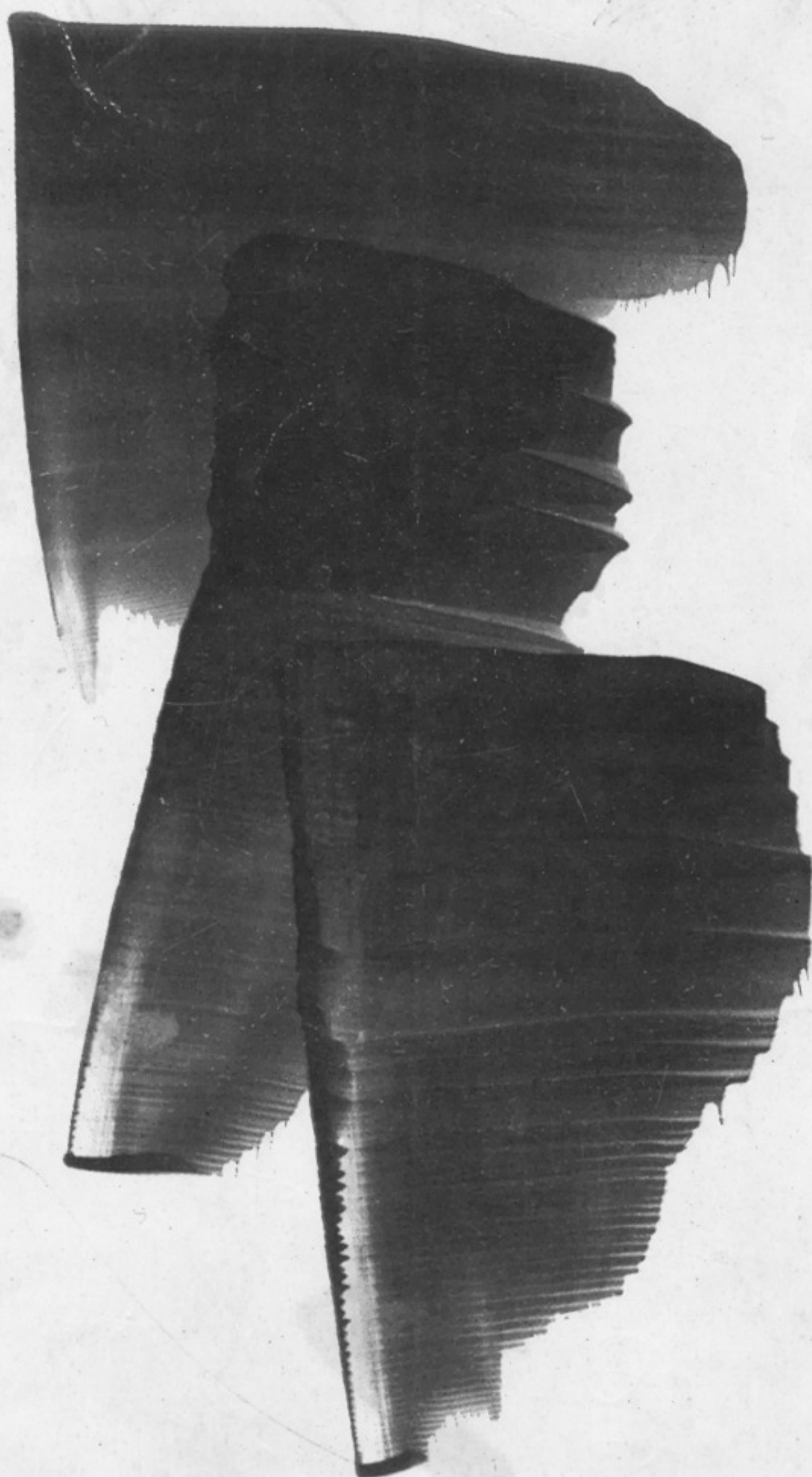


# PLATON

## CRITIAS O LA ATLANTIDA



*M*

**AGUILAR**

**CRITIAS  
O LA ATLANTIDA**

**INICIACION FILOSOFICA**

**PLATON**

**CRITIAS  
O LA ATLANTIDA**

Traducción del griego, prólogo y notas por  
**FRANCISCO DE P. SAMARANCH**



**AGUILAR**

Biblioteca de Iniciación Filosófica  
Primera edición 1963  
Tercera edición 1975

**NOTA PRELIMINAR**

**Es propiedad**

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723  
© 1975 Aguilar Argentina S.A. de Ediciones  
Av. Córdoba 2100 — Buenos Aires

*Impreso en la Argentina — Printed in Argentina*

Título original:  
Κριτίας ἢ Ἀτλαντικός  
y es continuación directa del *Timeo*

## NOTA PRELIMINAR

### I. Observaciones generales sobre el diálogo.

1. Si el *Critias* hubiera sido escrito en su totalidad, el interés vital y angustiado que nos inspiró el *Timeo* se hubiera continuado aquí en la figura de una utopía vestida de ironías, al intentar ejemplificar una ciudad ideal, en un mundo necesariamente abocado a la rutina insoslayable de su eterna imperfección. Sin embargo el *Critias* no fue acabado, y el interés que nos inspira la parte escrita que tenemos de él es más bien anecdótico, sin la grave trascendencia de saber si el mundo tiene o no sentido en esas íntimas aspiraciones que nos bullen interiormente.

No es cuestión discutible la autenticidad de este diálogo. Es sencillamente una continuación del *Timeo*, del que, en el plan primigenio del autor, es inseparable. Fuera de ser exactamente el mismo el estilo de los dos diálogos, el *Timeo* anuncia explícitamente el *Critias*.

Las correspondencias entre ambos diálogos son sorprendentes. Son casi las mismas palabras que en ambos diálogos anuncian la historia de los Atlantes. La distinción de las clases sociales en Atenas se presenta de la misma manera. Y las diferencias son tan mínimas, que no pueden disminuir esta impresión de unidad.

2. El plan del diálogo resulta clarísimo. Comienza con un preámbulo, que viene a ser repetición del del *Timeo*. Critias describe luego los pueblos enzarzados en la terrible guerra, los atenienses y los atlantes, y también sus capitales y sus países respectivos. Enumera luego las precauciones tomadas por el dios Poseidón, fundador de la Atlántida, para mantener en este país el reino de la justicia, y pinta las ceremonias rituales que contribuyen a esta observación. Estas precauciones, sin embargo, se demuestran insuficientes, ya que al fin triunfa en el país la barbarie y hace nacer, en sus reyes, el orgullo, que pedirá para ellos el castigo divino. Aquí el texto queda bruscamente cortado.

3. Así, pues, no tenemos del *Critias* más que una parte. La importancia de esta especie de preámbulo e introducción nos hace ver cuál podía haber sido la extensión del diálogo acabado: téngase en cuenta, en efecto, que Critias se para precisamente cuando iba a comenzar la narración que constituía el elemento principal de la obra. El *Timeo* nos dijo que el diálogo había de tratar de la guerra entre los dos países y de la catástrofe que siguió luego y que dio al traste con la tierra misma sobre que se asentara la Atlántida. Nos falta, pues, la parte esencial de la obra. ¿Por qué? Son tres las hipótesis presentadas para explicar esto: a) que Platón escribió la obra entera; pero que se ha perdido; b) que se vio imposibilitado de acabar el diálogo, por haberle llegado la muerte antes de hacerlo; c) que renunció al gran proyecto de su trilogía para redactar las *Leyes*. Esta última es la opinión que generalmente se admite desde Hermann. Lo que falta del diálogo no se escribió jamás. La prueba más fuerte de ello es que no

ha llegado hasta nosotros ningún fragmento de ella, que ningún autor antiguo hace mención de ella ni cita ningún fragmento o extracto. Esta hipótesis tiene, con todo, una dificultad. La parte de la obra que tenemos produce la impresión de una obra acabada y cuidadosamente trabajada en sus mínimos detalles. Eso no era un esbozo, ni mucho menos. Quizá Platón había esbozado la obra entera, había terminado la redacción del comienzo, y luego había renunciado a su tema primitivo por razones que desconocemos. Sin embargo, ¿cómo saberlo, si no conocemos ni la historia de su pensamiento ni sus procedimientos de trabajo?

La lectura del tercer libro de las *Leyes* nos invita, empero, a reflexionar. Parece que en este texto haya como una réplica del *Critias*. Una vez que ha resumido la historia legendaria de los primeros reyes de Grecia, Platón cuenta la lucha de los atenienses contra los invasores persas. Ahora bien, en lo que toca al pasado más lejano, Platón repite casi lo mismo que había dicho ya en el *Timeo* y el *Critias*, y prácticamente con los mismos términos. Una serie de cataclismos sucesivos ha impedido que las hazañas de los primitivos atenienses hayan llegado hasta nosotros, ya que el diluvio no dejó más que montañeses incultos. ¿No se podría aventurar la hipótesis de que, luego de haber intentado la obra decepcionante de contar la historia ideal de los atenienses, haya preferido Platón describirlos tal como habían sido? En el *Timeo*, Platón se había impuesto un trabajo que superaba posiblemente los recursos de su genio. En las *Leyes* renuncia a él, y abandona, para no volver a ellos, el *Critias* y el *Hermócrates*. Esta hipótesis enmascara al menos nuestra ignorancia sobre el particular.

## II. El mito de la Atlántida.

1. No hemos de sorprendernos de que el mito de la Atlántida haya dado lugar a tantos comentarios, y comentarios tan imprevistos, comenzando por la cuestión misma de si realmente era un mito. Los discípulos inmediatos de Platón, con el misticismo un poco pesado que parece haberlos caracterizado, tomaron en serio esta historia y la tuvieron por realmente auténtica. Los Alejandrinos vieron, en su mayoría, una alegoría en la narración de Platón, cosa que por otra parte no les impedía creer en la existencia del legendario continente. En conjunto, las cuatro únicas hipótesis posibles venían a ser las siguientes: que fuera una verdad histórica, una trasposición poética de hechos reales, una alegoría y una pura ficción e invención. Entre ellas han tenido que escoger también los modernos.

Hasta una época relativamente reciente, la mayoría ha admitido sin más la narración de Platón y ha buscado simplemente la manera de situar la Atlántida. De hecho se buscó la Atlántida un poco por todas partes, incluso en el Mediterráneo oriental y hasta en el Océano Indico. Poco a poco la crítica moderna se desinteresó de este problema insoluble. Con todo, muy recientemente, un sabio geólogo, M. O. Termier, ha vuelto a la cuestión y llegó a la conclusión de que la Atlántida había ciertamente existido precisamente en el lugar en que la sitúa Platón en el *Timeo* —Bulletin de l'Institut Océanographique, junio 1913—. En una época relativamente reciente, hacia el fin de la era cuaternaria, al oeste del estrecho de Gibraltar se hundió una vasta región continental o formada de grandes islas, y las huellas de este cataclismo quedan

visibles aun para el geólogo. Las dos riberas Este y Oeste del océano Atlántico están bordeadas por profundas fosas longitudinales. Desde las islas Gough hasta el islote de Jan Mayen, hay aún una serie de volcanes que jalonan el Africa, borde oriental de la fosa oceánica. Sondeos de 1898 al norte de las Azores han sacado a la luz fragmentos de lava vitrificada, de una especie que sólo se forma bajo la influencia de la presión atmosférica, anterior por tanto a la época del hundimiento de los volcanes. Y los cuatro archipiélagos, que serían los últimos vestigios del continente desaparecido —Azores, Madera, Canarias y Cabo Verde— conservan aún una fauna de origen continental, parecida a la de las Antillas y a la de las costas del Senegal. Todavía más: el *Critias* contiene una descripción geológica de la Atlántida, que corresponde exactamente a la estructura actual del suelo de esos archipiélagos.

Esas relaciones producen en nosotros, sin duda, una fascinación a la que es muy difícil escapar. Sin embargo hay que recurrir a la serenidad crítica.

2. En primer lugar, por muy cercanas a nosotros que estén estas catástrofes que dieron origen a nuestro actual Mediterráneo, son muy anteriores a los hechos registrados por la historia. Por mucho que los anales egipcios se adentraran en el pasado y la historia, no podían ciertamente dar cuenta de acontecimientos tan alejados en el tiempo. Por lo demás, en el *Timeo* y en el *Critias*, se encuentra la descripción de una civilización distinta de la civilización griega, y la historia exacta, enteramente concebida, de un conflicto bélico entre los pueblos de la

Atlántida y los pueblos mediterráneos. Ahora bien, por lo que nosotros sabemos, nadie, antes de Platón, ha hablado de esta civilización y de estas guerras. La *Odisea* no habla de la Atlántida, sino sólo de Atlas, padre de Calypso, que nada tiene que ver con el Atlas de aquí. Ningún fragmento de los presocráticos y ningún texto de Aristóteles o su escuela alude a la Atlántida, —estos últimos, si lo hacen, citan el *Timeo*, no otra fuente—. Teofrastro, por ejemplo, que cita algunas palabras del *Timeo*, y que menciona varias desapariciones análogas a la de la Atlántida, no habla de ninguna versión más antigua del mito platónico. Herodoto sólo conoce bajo el nombre de Atlantes a los habitantes de los contornos del monte Atlas. Todas las probabilidades están, pues, porque Platón inventó en su totalidad el mito de la Atlántida. Y nada prueba mejor entonces su genio poético que la elección del nombre y la situación geográfica que da a su mito. En aquel tiempo, y aun posteriormente, los griegos no poseían sobre el Occidente más que datos muy vagos, y el mar que se extendía más allá de las Columnas de Hércules estaba totalmente inexplorado. También se manifiesta el genio de Platón en el sabio cuidado con que atiende a los detalles de la historicidad: el parentesco de las culturas griegas y egipcia, con la primacía a favor de aquélla. Las relaciones entre Solón, el gran legislador, y los sacerdotes egipcios, depositarios, según la común creencia, de las tradiciones más venerables. La encantadora narración de Critias, tan llena de la verosimilitud de lo vivido, con la evocación de los antiguos recuerdos de familia, etcétera, resulta un derroche de imaginación creadora, capaz de hacer creer en la verdad de una historia que el propio Critias designa como “increíble”.

### III. Los orígenes legendarios de Atenas y la Atlántida.

1. Para Platón hay una diferencia esencial entre el origen de los atenienses y el de los atlantes. Los primeros son *autóctonos*, es decir, nacidos de la misma tierra de su país, bajo los auspicios de Atenea y Hefesto, aun cuando ellos en realidad no cuenten a ningún Dios entre sus antepasados. Los reyes Atlantes, en cambio, descienden del Dios del mar, Poseidón, y de una mujer mortal, Clito, hija de autóctonos. En la Atlántida, así, sólo los reyes tienen título de nobleza, mientras que todos los atenienses lo poseen por ser hijos de la tierra misma.

No obstante eso, la historia de los orígenes atenienses, tal como se nos cuenta en el *Critias*, no parece estar muy de acuerdo con la versión más en boga. En verdad, no es que Platón haga aparecer autóctonos nuevos o desconocidos antes de él. Pero, de entre una lista bastante larga de héroes ctónicos, escoge aquellos que, sin forzar mucho la tradición, pueden ser relacionados con la Atlántida.

Los cuatros reyes primitivos de Atenas que nos menciona el *Critias*: Cecrops, Erecteo, Erictonio y Erysicton, son, entre los reyes catónicos, los que desde más antiguo cuentan con el testimonio de los escritos griegos. Cecrops recuerda quizá el nombre de una de las primitivas tribus del Atica. La *Odisea* conoce, en Atenas, la casa de Erecteo, en la que se muestra Atenea, y que es quizá ya el templo común de ambas divinidades. Herodoto llama a Erecteo “nacido de la tierra”, y Sófocles, en su *Ajax*, dice que los Erecteidas son autóctonos. Wilamowitz piensa



que Erictonio no sea más que una variante o una forma derivada de Erecteo. En todo caso, Píndaro lo nombra también entre los autóctonos, y Eurípides nos lo presenta como una divinidad del suelo, medio atado aún a la tierra, en cuya superficie se mueve su grupa de reptil. Erysicton, finalmente, parece ser la más reciente de las cuatro divinidades. Quizá había emigrado hacia el Atica luego de una antigua estancia en Tesalia. Diversos testimonios, entre los que se lleva la antigüedad máxima el de Helánico, relacionan la historia del "removedor de glebas" con el antiguo santuario tesalio de Dotion. Una leyenda, conocida solamente a través de testimonio helenístico, cuenta que Erysicton había arrancado de raíz, para dejar pasar su carro, uno de los árboles sagrados que daban sombra al santuario de Deméter, en Dotion. La venganza de la diosa lo había perseguido y castigado. Sin embargo, en tiempo de Platón, Erysicton, hijo de Cecrops, muerto antes que su padre, hacía mucho que tenía derechos de ciudadanía en Atenas.

La tradición conocía sin duda otros muchos reyes antiguos del Atica. Citaba a Kranaos, a Amfyction, a los dos Pandion, a Aigeo, a Teseo. Platón escoge solamente aquellos cuya leyenda interfiere, en una época bien antigua, con los mitos relativos a Poseidón. Erecteo había dado muerte a los tres hijos de Poseidón: Eumolpo, Immaranda y Forbos. Erecteo también, había golpeado mortalmente a Immarandas, hijo de Eumolpo, y cabeza de los habitantes de Eleusis, que se hallaban entonces en guerra con los atenienses. Más tarde también se relacionó con Poseidón la leyenda de Erysicton. Platón, pues, escogió como primeros reyes de Atenas a los

héroes que habían sostenido luchas con los hijos del Dios tutelar de la Atlántida. Todos ellos eran héroes ctónicos, hijos de la tierra, representantes del orden continental contra la potencia marina; de la fuerza generadora del suelo nutricio contra el capricho arbitrario de los dioses. De esta forma, atados a la tierra que los da a luz, los atenienses, a diferencia de sus enemigos, están unidos a ella por un vínculo que nada podrá destruir.

Platón, por otra parte, respeta la tradición. Los héroes que ha escogido son anteriores a Teseo, según era la tradición de las cronologías griegas. El mármol de Paros, por ejemplo, menciona a Erictonio y a Erecteo antes que a Teseo. La catástrofe que hundió la Atlántida fue posterior al diluvio de Deucalión, el cual, según los antiguos historiadores, tuvo lugar en el reinado de Kranaos, de Cecrops o de Amfyction.

2. Mucha más libertad tenía Platón en lo que respecta a la genealogía de los reyes de la Atlántida. Y, sin embargo, también ahí se esforzó en no decir a sus lectores nada desconcertante. La raza de los reyes Atlantes proviene de la unión de Poseidón con una mujer mortal, Clito, hija de los dos primeros autóctonos de la isla, Evenor y Leucippa. De Poseidón y Clito nacieron diez hijos varones, en cinco parejas de dos gemelos o mellizos: Atlas y Eumelo o Gadiro, Amferes y Evaimón, Mneseas y Autóctono, Elasippo y Mestor, Azaes y Diaprepés. Quizá nos sorprenda la total ausencia de mujeres en estas líneas de descendencia real, pero ninguna observación nos aclara esta omisión. Los nombres mismos de los soberanos se han tomado en parte de los poemas homéricos, sin que

haya ninguna relación entre los que los llevan y los correspondientes personajes homéricos. La *Iliada* conoce a Evaimon y Eumelo, hijos de Admetos y Alcestes, igual que a Mestor, hijo de Príamo. En la *Odisea* aparece Evenor, hijo de Leikrito. Por otra parte, Pausanias cita a un autóctono Eumelo, primer rey de Patrae. Sin embargo, dos al menos de los reyes de la Atlántida llevan nombres desconocidos: no se encuentra en ninguna otra parte el nombre Azaes, forma que dan unánimemente todos los manuscritos del *Critias*. Y la palabra griega Diaprepés no aparece sino en textos griegos muy posteriores, por ejemplo, en el pseudo Heráclito, quien la asigna como epíteto a las Hespérides.

Solamente Atlas, el primero de los reyes de la Atlántida, tiene una personalidad mítica bien definida. Pero precisamente Atlas, del *Critias*, no tiene nada que ver con el Atlas de la *Odisea* y la Teogonía.

¿Es que Platón escogió realmente estos nombres al azar? Al querer estructurar una genealogía fantástica y quizá parodiar las invenciones de sus predecesores, ¿se limitó a hojear los poemas homéricos, de la misma manera que un novelista moderno busca en un anuario los nombres de sus personajes? Hay muchas coincidencias curiosas que nos impiden creerlo así. La leyenda de las Hespérides, a la que nos remite el nombre Diaprepés, había sido ya relacionada por Hesíodo con el mito de Atlas. Eumelo, nos dice Platón, se llama también Gadiros, el cual hará que se designe con el nombre de Gadiria la región en que él se estableciera. Ahora bien, más tarde, Plinio el Viejo y Solino nos hablarán de una ciudad africana llamada Gaddir o Gadir,

cuyo nombre designaría, en lengua púnica, un lugar cercado de murallas. Hacia fines del siglo tercero o comienzos del cuarto de nuestra era, el poeta latino Avieno mencionará una ciudad llamada Gaddir, en el norte de Africa. No nos apresuremos, pues, a afirmar que la selección de los nombres de los reyes Atlantes haya sido arbitraria. Cuanto más se estudia la obra de Platón, más se descubre en ella, incluso en los detalles, la existencia de intenciones ocultas.

#### IV. Los ritos del sacrificio y del juramento de los reyes Atlantes.

1. Quizá sea esta la parte más extraña o exótica de la Atlántida: aquella en que se nos cuentan los ritos que siguen los reyes-sacerdotes para hacer el juramento de reinar con justicia y con que se comprometen a juzgarse mutuamente, en caso de haber faltado a las normas que les diera su padre, el Dios del mar.

La descripción toda del rito es de una asombrosa precisión técnica. Emplea, en efecto, los términos que se utilizaban para designar o significar la degollación de las víctimas dedicadas a los dioses ctónicos. No falta allí nada: la hora oportuna, la caída de la tarde, es el momento adecuado para la evocación de las potencias subterráneas. Se trata en verdad de ritos milenarios de degollación de víctimas, como el que cuenta Herodoto, III,11.

En realidad no se trata de un sacrificio ordinario. Parece que los reyes Atlantes inmolan al mismo Dios, bajo una de las figuras que él gusta adoptar. Muchas veces, en efecto, se llama a Poseidón el Toro, el Mugiente, la Bestia de

cuernos retorcidos. Al beber la sangre del toro, los reyes Atlantes se identifican con el Dios, cuya imagen acaban de sacrificar. También es la sangre del toro la que sirve para sellar el juramento que prestan los reyes, juramento, por otra parte, que no es un juramento corriente. "Beber la sangre del toro" es una de las más antiguas y más terribles ordalías de la religión griega. Quien bebe la sangre, siendo culpable de perjurio, se expone a morir inmediatamente. El que ha pasado la prueba con éxito, queda armado para los trabajos más rudos: acaso pueda incluso franquear sin peligro las aguas del río infernal. . .

Más misterioso aún es lo que resta del rito. De noche, con las luces apagadas, se sientan sobre las cenizas del sacrificio. Así, en la profunda oscuridad, juzgan y sentencian. Los veredictos se escribirán por la mañana, en una tablilla de oricalco. Para la ceremonia nocturna los reyes se visten de soberbias túnicas de azul plomo, como la hondura transparente de las aguas marinas, o los vestidos de Tetys cuando está de luto. ¿Es realmente el color del luto? ¿O es quizá más bien el de las Erinas, de las Keres, de las divinidades subterráneas cuando suben a la luz del día?

#### V. Las problemáticas fuentes del *Critias*.

1. En lo que llevamos dicho, han ido apareciendo ya algunas de las fuentes de que Platón pudo servirse para su creación. Sin embargo son muy escasas las que podemos volver a encontrar, ya que la mayoría de los documentos para ello se han perdido.

Posiblemente los datos de su descripción de Atenas no tuvieron nada de sorprendente entre sus contemporáneos. Incluso geográficamente el Atica de Platón era muy distinta de la que conocemos nosotros. Pero, ¿cuáles fueron los elementos de que se sirvió para su descripción de la Atlántida?

Hemos hablado ya antes, en II, 1, de las cuestiones de tipo geológico o geográfico. Recorramos ahora un poco lo que se refiere a las costumbres y las ordenaciones urbanas y sociales.

Leyendo atentamente el *Critias* se llega a ver que, según su sistema de trasposición, Platón ha encontrado en torno a él, quizá en Atenas misma, en los bordes de la civilización griega, o en Creta y Egipto, ese cúmulo de datos, al parecer exóticos, que maneja.

La parte mitológica del *Critias* está totalmente de acuerdo con las tradiciones griegas. Esto en primer lugar. Incluso donde pueda haber algunas pequeñas discrepancias, podemos creer bien que Platón haya utilizado una versión distinta de las que nosotros conocemos.

La arquitectura del templo de Poseidón es típicamente griega, como griega es su mentalidad: el templo es la habitación o alojamiento del Dios, no la casa de los fieles. Y también es idéntico su procedimiento decorativo. En cuanto a su tamaño, parece sería algo mayor que el templo de Artemisa en Efeso o que el de Zeus Olímpico en Atenas. Pero en la Atlántida todo tenía que ser más grande y más rico.

¿Qué modelos podía tener Platón antes los ojos para la descripción de aquel portentoso de ingeniería, con sus puertos, canales, recintos, etc.? Un poco antes de Platón, el genial arquitecto Hippódamo de Mileto había creado, en su totalidad, un sorprendente conjunto de puertos, ciudades, arsenales, fortificaciones. El mismo Pireo era una muestra de ingeniería grandiosa. Poco más tarde se construyó allí la Skeuoteca, el arsenal con puertas blindadas de bronce, destinada a guardar en perfecto orden todo el material de aprovisionamiento de la flota ateniense.

2. Otros detalles de la descripción platónica evocan la imagen de una civilización desaparecida hacía ya mucho tiempo entonces. Era la civilización del Egeo, de Creta y de las colonias cretenses. Durante siglos fue Creta el centro del trabajo en cobre y bronce, tan estimado luego en la Atlántida. También Creta conoció la decoración con piedras de diversos colores. Tampoco parece que en ninguna otra parte se haya aprovechado y utilizado tanto el arte de jugar con las aguas, de conducir las fuentes por fuera de sus cauces, de canalizarlas sabiamente. La civilización cretense, como la de la Atlántida, es una civilización marítima.

Finalmente, Creta es también la tierra de la tauromaquia y del culto de los dioses con figura de Toro. Y esto no sólo en la misma Creta, en Cnosos y en Gournia, sino dondequiera se manifiesta la influencia cretense, en Micenas, en Tirinto, en Orcómenos, en Vaphio, la caza del toro salvaje forma parte del ritual de los sacrificios. Los frescos y los vasos pintados nos hablan continuamente de la habilidad de aquellos cazadores, armados exactamente igual que

los de la Atlántida (!), que van a capturar la feroz bestia en que se encarna el gran Dios cretense.

3. Casi sin moverse, pues, de Atenas, pudo encontrar Platón todos los elementos esenciales de su narración.

Quizá uno de los rasgos más sorprendentes del mito platónico es la regularidad geométrica de las instalaciones de la Atlántida. Pero, en realidad, esta regularidad no es más que un carácter común a todas las Utopías. Un hombre extraordinario y singular, Hippódamo, el autor del Pireo, y creador también de un curioso proyecto de constitución ideal, había sabido, al menos en el orden material, realizar uno de esos planes en los que la inteligencia violenta la naturaleza rebelde. No es nada imposible que Platón tuviera en cuenta sus escritos para su descripción.

En todo caso resulta fácil ver que la descripción de la Atlántida no carece de intenciones edificantes. Las antiguas civilizaciones de Atenas y la Atlántida se oponen como dos tipos ideales distintos. En una resplandece la virtud razonable y la fuerza medida, en otra una potencia brutal y sin freno. De un lado un pequeño Estado, capaz de alistar hasta veinte mil soldados; por otro un pueblo inmenso, con un ejército de un millón de cientos mil hombres, con un armamento colosal. Ello se debe a que la Atlántida, frente al Atica, es un país bárbaro. Lo es por la fantástica y desmesurada grandeza de sus construcciones; por la increíble feracidad de sus tierras; por el impresionante brillo de riqueza de sus edificaciones; por sus procedimientos bélicos, distintos de los griegos, que jamás habían utiliza-

do carros de combate y honderos. Finalmente, la Atlántida vive, políticamente, bajo una especie de régimen tiránico, en el que sus reyes deben estar bajo protección armada.

El Atica, en cambio, no ha hecho nacer en sus tierras esa abundancia de vegetaciones y animales salvajes. Ella ha dado a luz por sí misma a sus hijos, sus habitantes; les ha dado lo que necesitaban para su nutrición, ha sido realmente su madre y su nodriza. Luego, los dioses les dieron la necesaria educación. Y, al ser del mismo origen todos, sólo ellos conocieron la verdadera igualdad. En todas partes hay señores o esclavos, sujetos a la tiranía. Los antepasados atenienses rompieron todos los esfuerzos de las tiranías bárbaras por subyugarlos. La Atlántida era la más antigua de las soberanías bárbaras, la que poseía en sí la esencia misma de la barbarie, el exceso de la fuerza y la riqueza, el orgullo. Se une así la lección moral a las intenciones patrióticas. Y la guerra de Atenas contra la Atlántida viene a ser simplemente una trasposición poética de la verdadera guerra que sostuvieron los atenienses, durante medio siglo (492-449), contra la barbarie persa.

4. Ningún escritor supo, mejor que Platón, crear la ilusión de que su sueño era una realidad concreta. Pero Platón no se sale de los límites que se ha fijado. No necesita hacer intervenir en su relato a Pitágoras y los magos, como hiciera su discípulo Heraclides. Con los datos que le brinda el mundo en que vive, realiza una ficción de intensísima vida, precisa como una discusión filosófica, pero llena de una suave luz de cuento. Y sabe hacer brotar de ello una lección para el filósofo y para el político.

El fragmento que tenemos del *Critias* no desdice lo mínimo de la *República* o las *Leyes*. Quizá incluso podamos aventurarnos a afirmar que en él se expresa con mayor claridad y luz aún la esencia propia e inimitable del arte de Platón.

FRANCISCO DE P. SAMARANCH

**CRITIAS**  
**O LA ATLANTIDA**

TIMEO, CRITIAS, SOCRATES,  
HERMOCRATES

TIMEO

106 ¡Con qué satisfacción, oh Sócrates, como quien va a descansar luego de un largo camino, dejo ya el desarrollo de la disertación que acabo de presentar! Y suplico a este mismo Dios que, hace ya tiempo, un día realmente nació y que ahora mismo acaba de nacer en las palabras, que quiera asegurarnos por sí mismo la perduración y conservación de aquellas intenciones y afirmaciones nuestras que fueron conformes a la armonía y que, si muy a pesar nuestro llegáramos a emitir una nota falsa, nos inflija la penitencia adecuada.<sup>1</sup> Sin embargo, la verdadera penitencia y castigo para el que ha emitido una nota falsa está en restablecer y rehacer el acorde. Para que podamos llevar a buen fin lo que nos queda aún por decir sobre el nacimiento de los dioses, roguemos al Dios que él mismo nos haga don del más perfecto y mejor de todos los filtros,<sup>2</sup> el conocimiento. Y, una vez pronunciada esta invocación previa, pongamos en manos de Critias el cuidado de continuar, tal como se había convenido.

---

<sup>1</sup> Enlaza con el "Dios sensible" del fin del *Timeo*. La plegaria se dirige al Universo, siguiendo el precepto del mismo *Timeo*, al comienzo.

<sup>2</sup> Filtro, en el sentido de pócima o bebida dotada de ciertos poderes mágicos o superiores.

- c Sí, Timeo, yo acepto esta responsabilidad. Solamente quiero deciros que usaré de ella como hicisteis vos al comenzar: os pediré vuestra indulgencia, porque he de tratar de un tema de mucha importancia. Soy yo ahora quien os dirige esta misma petición, y solicito incluso la mayor de las indulgencias, a la que tengo derecho supuestas las cuestiones de las que voy a hablar. En verdad sé que voy a presentaros una súplica que puede muy bien ser un poco presuntuosa y sé que la presento de una manera un poco más improvisada de lo que convendría. Y no obstante debo hacerla. ¿Qué hombre que esté en su sano juicio se atrevería a sostener que vuestras exposiciones no han sido buenas? Pero que lo que yo voy a decir necesite de mayor indulgencia, porque el tema que voy a tratar es más difícil, es algo que debe ser demostrado. En efecto, hablarles a los hombres de los dioses, oh Timeo, y parecer que se les habla de ellos de manera adecuada, es más fácil, al parecer, que hablarlos de seres mortales a nosotros que también somos mortales. Pues, cuando se trata de los dioses, la incapacidad e ignorancia totales de los auditores para verificar la exactitud de nuestras explicaciones, hacen la tarea enormemente fácil a quien haya de hablarles de ello. ¡Ciertamente, en el tema de los dioses sabemos demasiado dónde nos encontramos nosotros! Además, para manifestaros con más claridad mi pensamiento, prestad atención a esto: siempre, de alguna manera, todo lo que nosotros decimos es una imitación, una imagen. Y las imágenes de que los cuerpos hacen los pintores, sean esos cuerpos divinos o humanos, vemos inmediatamente en qué medida es fácil o difícil formarlas

- lo suficientemente bien como para que la imitación parezca satisfactoria a los que las hayan de contemplar.<sup>3</sup> En primer lugar, cuando un hombre sea capaz de imitar un poco la semejanza de la tierra, de las montañas, de los ríos, de los bosques, del cielo, de todo lo que existe bajo el cielo y se mueve en torno a él, comprobaremos que experimentamos un placer inmediato, por poco imitada que esté esa semejanza. Por lo demás, puesto que no conocemos con exactitud nada acerca de las cosas de este género, tampoco examinamos ni discutimos desde demasiado cerca las representaciones de esas cosas: nos contentamos en ellas con siluetas indecisas y engañosas. Por el contrario, cuando un pintor se dedica a pintar nuestros cuerpos, al percibir nosotros con agudeza, gracias a nuestro espíritu crítico siempre presente, lo que le falta a su dibujo, resultamos jueces muy difíciles para todo aquel que no nos reproduce, de una manera completa, todas las semejanzas. Y conviene saber que eso mismo ocurre también en lo que respecta a nuestros discursos. Si se trata de cosas celestiales y divinas, quedamos satisfechos, aun cuando lo que se haya dicho no tenga sino una pequeñísima semejanza con ellas. En cambio, las cosas mortales y humanas las sometemos a una crítica ceñida y dura. Así pues, si en lo que ahora mismo estamos diciendo, no somos capaces de expresar en su totalidad lo que habría que decir, se debe ser indulgente con nosotros. Porque hay que hacerse cargo de que no es nada fácil, antes al contrario muy difícil, el dar una imagen de las cosas mortales, que

<sup>3</sup> La teoría del arte a la que se hace alusión aquí, está expuesta en la *República*, X y en el *Sofista*. El desarrollo parece aquí un poco largo y extraño al tema.



108 connotan una simple opinión. Esto es lo que he querido recordares, y he dicho todo eso para pedir os indulgencia, no menor, sino mucho mayor, oh Sócrates, para lo que os voy a decir. Si realmente os parece que tengo derecho a solicitaros esta indulgencia, concedédmela generosamente.

#### SOCRATES

¿Y por qué, oh Critias, no íbamos a concedéros-la inmediatamente? Más aún, por adelantado y por propia iniciativa, concederemos esta misma gracia al tercer orador, a Hermócrates. Pues es evidente que, más tarde, cuando será necesario que él a su vez haga uso de la palabra, nos pedirá lo mismo que vos. Así pues, para que vaya buscando otro preámbulo y no se vea b obligado a emplear el mismo, que esté desde ahora bien seguro de que nuestra indulgencia le ha sido ya concedida para entonces. Y puedo haceros saber por adelantado, mi querido Critias, cuáles son las disposiciones de vuestro público. El poeta que os ha precedido ha agradado mucho y sorprendentemente, y os será necesario conseguir una benevolencia sin límites, si queréis ser capaz de llevaros los mismos votos favorables.

#### HERMOCRATES

c ¡Ciertamente, Sócrates, el que vos me dais y el que dais a Critias son una advertencia y aviso bien idénticos! Sin embargo, jamás se han llevado el trofeo los hombres sin valentía, ¿no es así, Critias? Tenéis, pues, que enfrentaros con este discurso con bravura y, luego de haber invocado a Apolo y a las Musas, hacernos revivir

y celebrar las virtudes de vuestros conciudadanos de otros tiempos.

#### CRITIAS

d Mi querido Hermócrates, vos hacéis aún el valiente, porque vuestro turno no llega hasta mañana y porque hay aún otro que os precede. Sin embargo, cuál sea la dificultad que encierra vuestra propia tarea, ella misma os lo va a revelar bien pronto. Mientras esto llega, he de d haceros caso a vos que así me alentáis y dais ánimos. Y fuera de los dioses que habéis mencionado, he de llamar también a los demás en mi ayuda, y ante todo, sin ninguna duda, a la Diosa Memoria. Pues lo más importante de nuestra disertación corresponde enteramente al poder de esta divinidad. Si podemos acordarnos suficientemente de todo y podemos reproducir los pensamientos que en otros tiempos tuvieron los sacerdotes egipcios y que Solón ha referido en esos lugares, sé bien que ese público admitirá que hemos realizado nuestra labor de manera adecuada. Eso es, pues, lo que hay que hacer enseguida y sin demorarnos más.

e Ante todo, recordemos lo esencial. Han transcurrido en total nueve mil años desde que estalló la guerra, según se dice, entre los pueblos que habitaban más allá de las Columnas de Hércules y los que habitaban al interior de las mismas. Esta guerra es lo que hemos de referir ahora desde su comienzo a su fin. De la parte de acá, como hemos dicho, esta ciudad era la que tenía la hegemonía y ella fue quien sostuvo la guerra desde su comienzo a su terminación. Por la otra parte, el mando de la guerra estaba en manos de los reyes de la isla Atlántida. Esta isla, como

hemos ya dicho, era entonces mayor que la Libia y el Asia juntas.<sup>4</sup> Hoy en día, sumergida ya por tumblores de tierra, no queda de ella más que un fondo limoso infranqueable,<sup>5</sup> difícil obstáculo para los navegantes que hacen sus singladuras desde aquí hacia el gran mar. Los numerosos pueblos bárbaros, así como las poblaciones helenas existentes entonces, irán apareciendo sucesivamente a medida que se irá desarrollando el hilo de mi exposición y se los irá encontrando por su orden. Pero, los atenienses de entonces y los enemigos a quienes ellos combatieron, es menester que os los presente al comienzo ya, y que os dé a conocer cuáles eran las fuerzas y la organización política de los unos y los otros. Y, de entre esos dos pueblos, hemos de esforzarnos primero por hablar del de la parte de acá.

*b* Un día los dioses se repartieron la tierra entera por regiones. Fue un reparto sin ninguna disputa. Pues sería irracional creer que los dioses desconocen lo que a cada uno de ellos les conviene, o bien creer que, sabiendo qué era lo que convenía más a unos, los otros hubieran intentado apoderarse de ello favorecidos por la discordia. Gracias a la distribución que hizo la Justicia, Díké, cada uno obtuvo lo que le agradaba y se estableció en su región. Una vez fijados allí, los dioses, igual que hacen los pastores con sus rebaños, nos cuidaron como a sus propios bienes y sus propios rebaños. Sin embargo, ellos no violentaban los cuerpos por

<sup>4</sup> Libia es el nombre genérico con que se designa el Africa situada al oeste de Egipto. Cfr. nota 1 al *Timeo*.

<sup>5</sup> Cfr. la nota (17) al *Timeo*.

*c* medio de la fuerza de los cuerpos, como hacen los pastores, que llevan a pacer a sus rebaños a golpes de cayado, sino que los dirigían desde el lugar en que mejor se domina a un animal. A igual que el piloto que desde lo alto de la popa, gobierna su navío, así los dioses se aplicaron a conducir a las almas por medio de la persuasión, a manera de gobernalle, según sus propios designios. Sirviéndose de estos procedimientos, dirigían y gobernaban a la raza entera de los mortales. Y de esta manera reinaron, unos en una parte, otros en otra, según las regiones que les hubieran tocado como patrimonio.

Hefesto y Atenea, que poseen un natural muy idéntico, en primer lugar porque, hermano y hermana, lo recibieron del mismo padre y, en segundo lugar, porque su doble amor a la ciencia y al arte los encamina a una misma meta, recibieron los dos, en un lote común y único, este nuestro país. Este les debía pertenecer como algo adecuado a ellos, ya que naturalmente estaba dotado para la virtud y el pensamiento. Y así, habiendo puesto en él, como autóctonas, personas de bien, organizaron la ciudad a su gusto.

Se han conservado bien los nombres de esas gentes autóctonas, pero sus obras han muerto como consecuencia de la desaparición de sus herederos y debido a la inmensidad del tiempo transcurrido. Siempre, en efecto, como también se ha dicho ya anteriormente, la especie sobreviviente era la de los montañeses, y esa era inculta. De los príncipes que reinaban en la llanura ella no conocía más que los nombres y algo de sus hazañas y aun eso simplemente de oídas. Los hombres de entonces se complacían

e en dar esos nombres a sus hijos. En cuanto a las virtudes y las instituciones de sus antepasados, las ignoraban, o, por lo menos, al no haber conservado sobre cada una de ellas y ellos más que unas tradiciones oscuras, desprovistos, ellos y sus hijos, durante muchas generaciones, de las cosas necesarias para la vida, tenso el espíritu solamente de cara a la satisfacción de sus necesidades, consagrando incluso a ello todos sus pensamientos, no se preocupaban en absoluto de los sucesos anteriores a ellos y de los hechos del pasado. Esto era así porque las narraciones legendarias y la búsqueda retrospectiva de la antigüedad no aparecen en los Estados sino junto con el ocio y cuando ciertos ciudadanos comprueban que han reunido ya todo lo necesario para la vida. Nunca aparecen antes. Esta es la razón de que solamente hayan sobrevivido los nombres de los hombres antiguos, sin el recuerdo de sus hazañas. Y esto que digo lo demuestre así: los nombres de Cecrops, Erecteo, Erictonio, Erysicton y los de los demás héroes anteriores a Teseo, fueron en su mayoría, según dice Solón, los mismos nombres que citaron los sacerdotes como pertenecientes a los hombres que en aquel entonces habían dirigido la guerra.

Ellos citaron también, en las mismas condiciones, los nombres de las mujeres. Y, efectivamente, las imágenes y estatuas de la Diosa, pertenecientes a aquel tiempo en que las ocupaciones bélicas eran comunes a las mujeres y a los hombres, nos atestiguan que, de acuerdo con esta ley, ellos representaban a su Diosa revestida de las armas. Lo cual prueba que, entre todos los seres vivos que viven en sociedad, la naturaleza ha querido que los varones y las hembras

c fueran igualmente capaces de ejercer en común la función específica de cada especie.

Así pues, existían también en este país las demás clases de ciudadanos, las de los que se dedican a diversos oficios y se ocupan de sacar del suelo los elementos necesarios para nuestra subsistencia. Pero, la clase de los guerreros, aislada desde el comienzo por hombres divinos, vivía apartada. Ella tenía todo lo que le era necesario para vivir y desenvolverse. Pero, ninguno de los guerreros poseía nada en particular. Todo lo juzgaban común a todos ellos, todo lo que les pertenecía. Y a los demás ciudadanos no les pedían ni exigían nada, como no fuera lo que les hacía falta para su subsistencia. Y desempeñaban todas las funciones que se describieron ayer, las que enumeramos al hablar de los guardianes que habíamos imaginado.

Se cuenta también de nuestro país —cosa que es realmente creíble y verídica—, que sus fronteras eran las siguientes: en primer lugar, se hallaba por un lado el istmo, y por el otro llegaban hasta las cimas del Citeron y del Parnes. Franqueaban incluso la montaña y abarcaban, por la derecha, la Oropia; por la izquierda, en cambio, por el lado del mar, dejaban fuera el río Asopo.

La tierra de este país aventajaba, según se dice, en fertilidad, a todas las demás, de tal manera que el país era entonces capaz de alimentar un gran ejército, exento de los trabajos de la tierra. Tenemos aún un testimonio fehaciente de la bondad de esas tierras. Lo que todavía subsiste de ellas no tiene igual en lo que toca a la variedad y calidad de los frutos, así como en lo referente a la excelencia de los pastizales que

111 brinda a toda clase de ganado. Pero entonces, aparte de su calidad, daba estos frutos en cantidades ilimitadas. ¿Cómo creer esto y sobre qué huellas de esa tierra de entonces se podría verificar esto? Totalmente separada del resto del continente, ella se alarga actualmente mar adentro, como la extremidad del mundo. Y ciertamente el fango marino que la cierra es por todas partes de una profundidad notable. Eso se debe que hubo diluvios numerosos y terribles en el transcurso de esos nueve mil años —tal es, en efecto, el intervalo de tiempo que separa la época contemporánea de aquellos tiempos—. En el transcurso de un período tan largo y en medio de esos accidentes, la tierra que se deslizaba desde los lugares elevados no dejaba, como en otras partes, sedimentos notables, sino que, rodando siempre, acababa por desaparecer en el abismo. Y, tal como podemos advertir en las pequeñas islas,<sup>6</sup> nuestra tierra ha venido a ser, en comparación con la que fuera entonces, como el esqueleto de un cuerpo descarnado por la enfermedad. Las partes grasas y blandas de la tierra se han ido en todo el derredor, y no queda más que el espinazo desnudo de la región.<sup>7</sup> Pero, en aquellos tiempos, cuando estaba aún intacta, tenía como montañas, elevadas ondulaciones de tierra; las llanuras que hoy día se llaman campos de Feleo,<sup>8</sup> estaban cubiertas de glebas grasísimas; sobre las montañas había extensos bosques, de los que aún quedan actual-

<sup>6</sup> Platón alude a las pequeñas islas de las Cícladas, simples peñascos desprovistos de toda clase de tierra vegetal.

<sup>7</sup> Nótese la curiosísima interpretación de los hechos geológicos.

<sup>8</sup> El griego "feleos" designa una especie de piedra pórcosa, análoga a la lava. La palabra "Feleo" se emplea para designar un terreno pedregoso.

mente huellas visibles. Pues, entre estas montañas que no pueden alimentar ya más que las abejas, las hay sobre las que se cortaban, no hace aún mucho tiempo, grandes árboles, aptos para levantar las mayores construcciones, cuyos revestimientos aún existen. Había también multitud de altos árboles cultivados, y la tierra brindaba a los rebaños unos pastos inagotables. El agua fecundante de Zeus que caía cada año sobre ella, no corría en vano, como actualmente para irse a perder en el mar desde la tierra estéril: la tierra tenía agua en sus entrañas, y recibía del cielo una cantidad que ella había hecho impermeables; y ella conducía también y desviaba por sus anfractuosidades el agua que caía de los lugares elevados. De esta manera, por todas partes se veían rielar las generosas corrientes de las fuentes y los ríos. Respecto de todos estos hechos, los santuarios que en nuestros días aún subsisten en honor de las antiguas fuentes, son un testimonio fehaciente de que esto que acabamos de contar es verídico.

d

e Tal era, pues, la naturaleza de la totalidad del país. Estaba cultivado, como conviene, por verdaderos agricultores, realmente consagrados al cultivo y laboreo de la tierra, amigos de lo bello, dotados de un buen natural, y teniendo a su disposición la tierra más excelente y el agua más pródiga, y disfrutando además, en esa tierra, de las estaciones más felizmente templadas.

Veamos, por su parte, cómo estaba poblada la ciudad en este tiempo. En primer lugar, la parte en que se halla la Acrópolis no era de ningún modo lo que es hoy en día. Una sola noche de diluvio hizo desaparecer toda la tierra que había en torno a ella y dejó esta parte enteramente

desnuda. Se produjeron simultáneamente temblores de tierra y un diluvio, que fue el tercero antes de la catástrofe de Deucalión.<sup>9</sup> En tiempos anteriores, la Acrópolis era tan vasta que se extendía hasta el Eridano y el Iliso, comprendía la Pnyx y, por la parte opuesta a la Pnyx, estaba limitada por el monte Lycabetto. Estaba enteramente recubierta de tierra y, excepto en un pequeño número de puntos, formaba en su

b cumbre un llano. La periferia y las vertientes mismas de la Acrópolis estaban habitadas por los artesanos y los agricultores, que cultivaban los campos de su alrededor. La parte superior la ocupaban solamente los guerreros, que vivían separados de los demás, en torno al santuario de Atenea y Hefesto. Habían levantado en torno a esta parte un recinto único, como en torno al parque de una sola morada. Dentro de él, habitaban ellos en la parte que estaba expuesta al norte, en alojamientos comunes; habían instalado en ellos comedores para el invierno. Y tenían todo lo que era conveniente para la vida

c común, bien en lo referente a habitaciones particulares, bien en lo tocante a santuarios —exceptuados, sin embargo, el oro y la plata, de los que en manera alguna se servían—. Aspirando a mantener a igual distancia de la abundancia excesiva y de una pobreza servil, habitaban en moradas graciosas y bonitas, en las que envejecían ellos, sus hijos y sus nietos, y las transmitían siempre idénticas a otros semejantes a ellos. Y utilizaban la parte expuesta al sur para instalar y montar allí jardines, gimnasios y comedores, que abandonaban durante la estación

<sup>9</sup> Contando, pues, el diluvio de Deucalión, habría habido en total cuatro diluvios antes de la época actual. El *Timeo* habló solamente de varios.

caliente. En el actual emplazamiento de la

d Acrópolis había una fuente única; se secó con los temblores de tierra y no quedan de ella más que unos pequeños chorros dipuestos en círculo. En cambio, en aquel tiempo, daba a todos un agua generosa, igualmente sana en invierno y en verano. Esta era la vida que llevaban estos hombres que eran a la vez los custodios de sus conciudadanos y los líderes libremente aceptados por los demás helenos. Ellos velaban y procuraban que, entre ellos, el número de las mujeres y de los hombres capaces ya de llevar las armas, o que todavía fuesen capaces de llevarlas, fuera en todo tiempo el mismo, en la

e medida de lo posible, alrededor de unos veinte mil como máximo. Así eran esos hombres y de esta forma constantemente invariable, administraron, siempre según la justicia, tanto su ciudad como Grecia entera. En toda Europa y en toda Asia eran muy conocidos por la belleza de sus cuerpos y por todas las virtudes de sus almas, y eran sin duda los más célebres de todos os hombres de aquellos tiempos.<sup>10</sup>

Vamos a daros a conocer ahora las características de sus adversarios y cuál era su originaria manera de ser natural, en orden a que nos sean comunes estos conocimientos, como amigos que somos, si, como esperamos, no hemos perdido el recuerdo de lo que oímos contar en nuestra infancia. Y en primer lugar he de advertiros en

113

<sup>10</sup> Esta sumarisísima descripción recuerda la pintura de la ciudad ideal de la República. Sin embargo, no parece corresponder plenamente al programa esbozado en el *Timeo*, según el cual Critias había de tratar principalmente lo que se refiere a las cualidades político-sociales de los atenienses de los tiempos pasados. Quizá Platón se mantenga consciente en esta vaguedad ahora, para desarrollar el tema más completamente en el *Hermócrates*.

una palabra, antes de comenzar mi explicación, que no os ha de sorprender el que me oigáis dar con frecuencia nombres griegos a gentes bárbaras. Ved cuál es la causa de ello. Solón, al querer utilizar esa narración en sus poemas, preguntó cuál era el sentido de estos nombres. Y descubrió que los egipcios, que habían sido los primeros en escribir esta historia, los habían transcrito en su idioma. El mismo, habiendo vuelto a encontrar el significado de cada nombre, los volvió a traducir por segunda vez a nuestra lengua, para escribirlos. Ahora bien, los manuscritos mismos de Solón estaban en casa y yo los he estudiado mucho en mi juventud.<sup>11</sup> Cuando, pues, oigáis nombres parecidos a los que se escuchan entre nosotros, no os sorprendáis de ello: conocéis ya la razón por la que es así. He ahí ahora cuál era aproximadamente el comienzo de este largo relato.

Según se ha dicho ya anteriormente, al hablar de cómo los dioses habían recurrido a echar a suertes la tierra entre ellos, dividieron toda la tierra en partes, mayores en unas, menores en otras.<sup>12</sup> Y ellos instituyeron allí, en su propio honor, cultos y sacrificios.<sup>13</sup> Según esto, Poseidón, habiendo recibido como heredad la isla Atlántida, instaló en cierto lugar de dicha isla los hijos que había engendrado él de una mujer mortal. Cerca del mar, pero a la altura del

<sup>11</sup> En el *Timeo* no se ha hablado de estos manuscritos conservados en casa de Critias.

<sup>12</sup> Se ha hablado al comienzo de este reparto de la tierra entre los dioses. Platón recuerda aquí una creencia generalmente extendida, que servía para explicar de alguna manera la existencia de diferentes cultos locales.

<sup>13</sup> Acerca de los nombres de los diversos personajes, véase la *Nota preliminar*, pág. 7.

centro de toda la isla, había una llanura, la más bella según se dice de todas las llanuras y la más fértil. Y cercana a la llanura, distante de su centro como unos cincuenta estadios, había una montaña que tenía en todas sus partes una altura mediana. En esta montaña habitaba entonces un hombre de los que en aquél país habían nacido originariamente de la tierra. Se llamaba Evenor, y vivía con una mujer llamada d Leucippa. Tuvieron una única hija, Clito. La muchacha tenía ya la edad núbil cuando murieron su padre y su madre. Poseidón la deseó y se unió a ella. Entonces el Dios fortificó y aisló circularmente la altura en que ella vivía. Con este fin, hizo recintos de mar y de tierra, grandes y pequeños, unos en torno a los otros. Hizo dos de tierra, tres de mar y, por así decir, los redondeó, comenzando por el centro de la isla, del que esos recintos distaban en todas e partes una distancia igual. De esta manera resultaban infranqueables para los hombres, pues en aquel entonces no había aún navíos ni se conocía la navegación. El mismo Poseidón embelleció la isla central, cosa que no le costó nada, siendo como era Dios.<sup>14</sup> Hizo brotar de bajo tierra dos fuentes de agua, una caliente, otra fría, e hizo nacer sobre la tierra plantas nutritivas de toda clase, en cantidad suficiente.

Allí engendró y educó él cinco generaciones de hijos varones y mellizos. Dividió toda la isla 114 Atlántida en diez partes. Al primogénito de los dos más viejos, le asignó la morada de su madre y la parcela de tierra de su contorno, que era la

<sup>14</sup> Obsérvese que Platón describe dos estados sucesivos de la Atlántida, embellecida primero por los dioses y luego por la industria y trabajo de los hombres.

más extensa y la mejor. Lo estableció en calidad de rey sobre todos los demás. A éstos los hizo príncipes vasallos de aquél y a cada uno de ellos le dio autoridad sobre un gran número de hombres y sobre un extenso territorio. Les impuso nombres a todos: el más viejo, el rey, recibió el nombre que sirvió para designar la isla entera y el mar llamado Atlántico, ya que el nombre del primer rey que reinó entonces fue

b Atlas. Su hermano mellizo, nacido luego de él, obtuvo en heredad la parte extrema de la isla, por la parte de las columnas de Hércules, frente a la región llamada hoy día Gadírica, según este lugar: se llamaba, en griego, Eumelos y, en la lengua del país, Gadiros.<sup>15</sup> Y el nombre que se le dio se convirtió en el nombre del país. Luego, de los que nacieron en la segunda generación, llamó a uno Amferes y al otro Evaimon. En la

c tercera generación, el nombre del primogénito fue Mneseas, y el del segundo fue Autóctono. De los de la cuarta generación, llamó Elasippo al primero y Mestor al segundo. Y en la quinta, el que nació primero recibió el nombre de Azaes, y el que nació luego el de Diaprepés. Todos estos príncipes y sus descendientes habitaron el país durante numerosas generaciones. Eran también señores de una gran multitud de otras islas en el mar y, además, como ya se ha dicho, reinaban

d también en las regiones interiores, de la parte de acá de las columnas de Hércules, hasta Egipto y Tirrenia.<sup>16</sup> De esta forma nació de Atlas una

<sup>15</sup> Toda esta genealogía parece una imitación o una parodia de las genealogías familiares corrientes entre los poetas y los historiadores de la antigüedad. Suele creerse que Platón se mete en todos estos detalles tan menudos y precisos con una clara intención irónica; al fin y al cabo de poco va a servir esto luego, según parece. En la *Nota preliminar*, pág. 7, hemos hablado ya de la selección y significado de los nombres.

<sup>16</sup> Sobre el imperio de la Atlántida, cfr. la nota (4) y la (5) al *Timeo*.

raza numerosa y cargada de honores. Siempre era rey el más viejo y él transmitía su realeza al primogénito de sus hijos. De esta forma conservaron el poder durante numerosas generaciones.

Habían adquirido riquezas en tal abundancia, que nunca sin duda antes de ellos ninguna casa real las poseyera semejantes, y como ninguna las poseerá probablemente en lo futuro. Ellos disponían de todo lo que podía proporcionar la misma ciudad y asimismo el resto del país. Pues, si es verdad que les venían de fuera multitud de recursos a causa de su imperio, la mayor parte de los que son necesarios para la vida se los proporcionaba la isla misma. En primer lugar, todos los metales duros o maleables<sup>17</sup> que se pueden extraer de las minas. Primero aquel del que tan sólo conocemos el nombre, pero del que entonces existía, además del nombre, la sustancia misma, el oricalco.<sup>18</sup> Era extraído de la tierra en diversos lugares de la isla: era, luego del oro, el más precioso de los metales que existían en aquel tiempo. Análogamente, todo lo que el bosque puede dar en materiales adecuados para el trabajo de carpinteros y ebanistas, la isla lo proveía con prodigalidad. Asimismo ella nutría con abundancia todos los animales domésticos o salvajes.<sup>19</sup> Incluso la especie misma de los elefantes se hallaba allí ampliamente

<sup>17</sup> El término griego significa propiamente los metales fácilmente fundibles, como son el extraño el plomo.

<sup>18</sup> Sobre el oricalco véase la *Nota preliminar*, pág. 7. Etimológicamente significa "bronce de las montañas —crés—"; sólo la etimología popular lo hizo derivar de oro y cambió el término en "auricalco".

<sup>19</sup> Sobre la fauna de la Atlántida cabe decir muy poco: Platón se limita a incluir en ella todos los animales salvajes y domésticos. El único especificado es el elefante, "el más voraz".

115 representada. En efecto, no solamente abundaba el pasto para todas las demás especies, las que viven en los lagos, los pantanos y los ríos, las que pacen en las montañas y en las llanuras, sino que rebosaba alimentos para todas, incluso para el elefante, el mayor y el más voraz de los animales. Por lo demás, todas las esencias aromáticas que aún ahora nutre el suelo, en cualquier lugar, raíces, brotes y maderas de los árboles, resinas que destilan de las flores o los frutos, las producía entonces la tierra y las hacía prosperar. Daba también los frutos cultivados y las semillas que han sido hechas para alimentarnos y de las que nosotros sacamos las harinas —sus diversas variedades las llamamos nosotros cereales—. Ella **b** producía ese fruto leñoso, que nos provee a la vez de bebidas, de alimentos y de perfumes, ese fruto escamoso y de difícil conservación, hecho para instruirnos y para entretenernos, el que nosotros ofrecemos, luego de la comida de la tarde, para disipar la pesadez del estómago y solazar al invitado cansado. Sí, todos esos frutos, la isla, que estaba entonces iluminada por el sol, los daba vigorosos, soberbios, magníficos, en cantidades inagotables.<sup>20</sup>

**c** Así pues, recogiendo en su suelo todas estas riquezas, los habitantes de la Atlántida construyeron los templos, los palacios de los reyes, los puertos, los arsenales, y embellecieron así todo el resto del país en el orden siguiente.

Sobre los brazos circulares de mar que rodeaban la antigua ciudad materna, construyeron al co-

<sup>20</sup> Resulta muy difícil identificar las especies de frutos que enumera Platón, con su lenguaje metafórico: quizá se tratara del olivo, la granada y el limón.

mienzo puentes y abrieron así un camino hacia el exterior y hacia la morada real. Este palacio de los reyes lo habían levantado desde el comienzo en la misma morada del Dios y sus antepasados. Cada soberano recibía el palacio de su antecesor, y embellecía a su vez lo que éste **d** había embellecido. Procuraba siempre sobrepasarle en la medida en que podía, hasta el punto de que quien veía el palacio quedaba sobrecogido de sorpresa ante la grandeza y la belleza de la obra.

Comenzando por el mar, hicieron un canal de tres plethros de ancho, cien pies de profundidad y cincuenta estadios de longitud, y lo hicieron llegar hasta el brazo de mar circular más exterior de todos. De esta manera dispusieron una entrada a los navíos venidos de alta mar, como si fuera un puerto. Practicaron en ella una bocana suficiente para que los mayores navíos pudieran también entrar en el canal. Luego, **e** también en los recintos de tierra que separaban los círculos de agua, abrieron pasadizos a la altura de los puentes, de tal tipo que sólo pudiera pasar de un círculo a otro una sola trirreme, y techaron estos pasadizos, de manera que la navegación era subterránea, pues los parapetos de los círculos de tierra se elevaban suficientemente por encima del mar.

El mayor de los recintos de agua, aquel en que penetraba el mar, tenía tres estadios de ancho, y el recinto de tierra que le seguía tenía una anchura igual. En el segundo círculo, la cinta de agua tenía dos estadios de ancho y la de tierra tenía aun una anchura igual a ésta. Pero, la cinta de agua que rodeaba inmediatamente a la isla central, no tenía más que un estadio de anchura.



116 La isla, en la que se hallaba el palacio de los reyes, tenía un diámetro de cinco estadios. Ahora bien, la isla, los recintos y el puente —que tenía una anchura de un plethro— los rodearon totalmente con un muro circular de piedra. Pusieron torres y puertas sobre los puentes, en todos los lugares por donde pasaba el mar. Sacaron la piedra necesaria de debajo la periferia de la isla central y de debajo de los recintos, tanto al exterior como al interior.

b Había piedra blanca, negra y roja. Y, al mismo tiempo que extraían la piedra, vaciaron dentro de la isla dos dársenas para navíos, con la misma roca como techumbre. Entre las construcciones unas eran enteramente simples; en otras, entremezclaron las diversas clases de piedra y variaron los colores para agrandar a la vista, y les dieron así una apariencia naturalmente agradable. El muro que rodeaba el recinto más exterior, lo revistieron de cobre en todo su perímetro circular, como si hubiera sido untado con alguna pintura. Recubrieron de estaño fundido el recinto interior, y el que rodeaba a la misma. Acrópolis lo cubrieron de oricalco, que tenía reflejos de fuego.

El palacio real, situado dentro de la Acrópolis, tenía la disposición siguiente. En medio de la Acrópolis se levantaba el templo consagrado en este mismo sitio a Clito y Poseidón. Estaba prohibido el acceso a él y hallábase rodeado de una cerca de oro. Allí era donde Poseidón y Clito, al comienzo, habían concebido y dado a luz la raza de los diez jefes de las dinastías reales. Allí se acudía, cada año, desde las diez provincias del país, a ofrecer a cada uno de los dioses los sacrificios propios de la estación.<sup>21</sup>

<sup>21</sup> Se trata sin duda de los sacrificios que se ofrecían al comienzo de cada nueva estación.

d El santuario mismo de Poseidón tenía un estadio de longitud, tres plethros de ancho y una altura proporcionada. Su apariencia tenía algo de bárbaro. Ellos habían revestido de plata todo el exterior del santuario, excepto las aristas de la viga maestra: estas aristas eran de oro. En el interior estaba todo cubierto de marfil, y adornado en todas partes de oro, plata y oricalco. Todo lo demás, los muros, las columnas y el pavimento, lo adornaron con oricalco. Colocaron allí estatuas de oro: el Dios de pie sobre su carro enganchado a seis caballos alados, y era tan grande que la punta de su cabeza tocaba el techo. En círculo, en torno a él, cien Nereidas sobre delfines —ese era el número de las Nereidas, según se creía entonces—. También había en el interior gran número de estatuas ofrecidas por particulares. En torno al santuario, por la parte exterior, se levantaban, en oro, las efigies de todas las mujeres de los diez reyes y de todos los descendientes que habían engendrado, y asimismo otras numerosas estatuas votivas de reyes y particulares, originarias de la misma ciudad, o de los países de fuera sobre los que ella extendía su soberanía.<sup>22</sup> Por sus dimensiones y por su trabajo, el altar estaba a la altura de este esplendor, y el palacio real no desdecía de la grandeza del imperio y de la riqueza del ornato del santuario.

117

Por lo que respecta a las fuentes, la de agua fría y la de agua caliente, las dos de una abundancia generosa y maravillosamente adecuadas al uso por lo agradable y por las virtudes de sus aguas,<sup>23</sup> las utilizaba disponiendo en torno a

<sup>22</sup> El templo de Poseidón y de Clito reproduce, a escala un poco mayor, las disposiciones habituales del templo griego.

<sup>23</sup> Platón da una extramada importancia a las instalaciones

b ellas construcciones y plantaciones adecuadas a la naturaleza misma de las aguas. En todo su derredor instalaron estanques o piscinas, unos al aire libre y otros cubiertos, destinados éstos a los baños calientes en invierno: existían separadamente los baños reales y los de los particulares, otros para las mujeres, para los caballos y las demás bestias de carga, y cada uno poseía una decoración adecuada. El agua que procedía de aquí la condujeron al bosque sagrado de Poseidón. Este bosque, gracias a la calidad de la tierra, tenía árboles de todas las especies, de una belleza y una altura divinas. Desde ahí hicieron derivar el agua hacia los recintos de mar exteriores, por medio de canalizaciones instaladas siguiendo lo largo de los puentes. Por esta parte se habían edificado numerosos templos dedicados a muchos dioses, gran número de jardines, y gran número de gimnasios para los hombres y de picaderos para los caballos. Estos últimos se habían construido aparte en las islas anulares, formadas por cada uno de los recintos. Además, hacia el centro de la isla mayor, habían reservado un picadero para las carreras de caballos; tenía un estadio de ancho y suficiente longitud para permitir a los caballos que, en la carrera, recorrieron el circuito completo del recinto. En todo el perímetro, de un extremo al otro, había cuarteles para casi todo el efectivo de la guardia del príncipe. Los cuerpos de tropa más seguros estaban acuartelados en el recinto más pequeño, el más próximo a la Acrópolis. Y para los que señalaban entre todos por su fidelidad, se habían

c

d

---

hidráulicas de la Atlántida. Esto puede explicarse a), por su afán de oponer ese país, colmado de todas las riquezas naturales, al Ática árida y seca de los tiempos históricos y b) quizá también por reminiscencias de las maravillas realizadas en este orden de cosas por los cretenses.

dispuesto alojamientos en el interior mismo de la Acrópolis, cerca del palacio real.<sup>24</sup> Los arsenales estaban llenos de trirremes y poseían todos los aparejos necesarios para armarlos; todo estaba estibado en un orden perfecto. Véase de qué forma estaba todo dispuesto en torno a la morada de los reyes.

Al atravesar los puertos exteriores, en número e de tres, había una muralla circular que comenzaba en el mar y distaba constantemente cincuenta estadios del recinto más extenso. Esta muralla acababa por cerrarse sobre sí misma en la garganta del canal que se abría por el lado del mar. Estaba totalmente cubierta de casas en gran número y apretadas unas contra otras. El canal y el puerto principal rebosaban de barcos y mercaderes venidos de todas partes. La muchedumbre producía allí, de día y de noche, un continuo alboroto de voces, un tumulto incesante y diverso.

Sobre la ciudad y sobre la antigua morada de los reyes, lo que acabamos de contar es prácticamente todo lo que la tradición nos conserva. Vamos a intentar ahora recordar cuál era la disposición del resto del país y de qué manera estaba organizado. En primer lugar, todo el terreno en torno a la ciudad era llano. Esta llanura rodeaba la ciudad, y ella misma a su vez estaba cercada de montañas que se prolongaban hasta el mar. Era plana, de nivel uniforme, oblonga en su conjunto; medía, desde el mar b que se hallaba abajo, tres mil estadios en los

---

<sup>24</sup> Los "derriforos" son propiamente los miembros del cuerpo de guardia de un tirano. En una ciudad griega no se necesitan cuarteles, ni existen estas distinciones entre cuerpos militares más o menos fieles.

lados y dos mil en el centro.<sup>25</sup> Esta región, en toda la isla, estaba orientada de cara al sur, al abrigo de los vientos del norte. Muy alabadas eran las montañas que la cercaban, las cuales en número, en grandeza y en belleza aventajaban a todas las que existen actualmente. En estas montañas había numerosas villas muy pobladas, ríos, lagos, praderas capaces de alimentar a gran número de animales salvajes o domésticos, bosques en tal cantidad y sustancias tan diversas que proporcionaban abundantemente materiales propios para todos los trabajos posibles.

c Ahora bien, esta llanura, por acción conjunta y simultánea de la naturaleza y de las obras que realizaran en ella muchos reyes, durante un período muy largo había sido dispuesta de la manera siguiente. He dicho ya que tenía la forma de un cuadrilátero, de lados casi rectilíneos y alargado. En los puntos en que los lados se apartaban de la línea recta, se había corregido esta irregularidad cavando el foso continuo que rodeaba a la llanura. En cuanto a la profundidad, anchura y desarrollo de este foso, resulta difícil creer lo que se dice y que una forma hecha por manos de hombres haya podido tener, comparada con otros trabajos del mismo tipo, las dimensiones de aquélla. No obstante, hemos de repetir lo que hemos oído contar. El foso fue excavado en un plethro de profundidad; su d anchura era en todas partes de un estadio y, puesto que había sido excavado en torno a toda la llanura, su longitud era de diez mil estadios. Recibía las corrientes de agua que descendían de las montañas, daba la vuelta a la llanura, volvía

<sup>25</sup> Esto da una superficie de seis millones de estadios cuadrados.

por una y otra parte a la ciudad y, por allí, iba a vaciarse al mar. Desde la parte alta de este foso, unos canales rectilíneos, de una longitud aproximada de cien pies, cortados en la llanura, iban luego a unirse al foso, cerca ya del mar. Cada uno de ellos distaba de los otros cien e estadios. Para el acarreo a la ciudad de la madera de las montañas y para transportar por barca los demás productos de la tierra, se habían excavado, a partir de esos canales, otras derivaciones navegables, en direcciones oblicuas entre sí y respecto de la ciudad. Hay que hacer notar que los habitantes cosechaban dos veces al año los productos de la tierra: en invierno utilizaban las aguas del cielo; en verano, las que daba la tierra dirigiendo sus corrientes fuera de los canales.

119 Respecto de los hombres de la llanura buenos para la guerra y sobre el número en que se los calculaba, hay que decir esto: se había determinado que cada distrito proporcionaría un jefe de destacamento. El tamaño del distrito era de diez estadios por diez, y en total había seis miríadas de ellos. En cuanto a los habitantes de las montañas y del resto del país sumaban, según se decía, un número inmenso, y todos, según los emplazamientos y los poblados, habían sido repartidos entre los distritos y puestos bajo el mando de sus jefes.

b Estaba mandado que cada jefe de destacamento proporcionaría para la guerra una sexta parte de carros de combate, hasta reunir diez mil carros; dos caballos y sus caballeros, además un tiro de dos caballos, sin carro, junto con un combatiente llevado, armado de un pequeño escudo, y el combatiente montado encargado de gobernar a los dos caballos, dos hoplitas, dos arqueros, dos

honderos, tres infantes ligeros armados de balles-  
tas,<sup>26</sup> otros tres armados de dardos y, final-  
mente, cuatro marinos, para formar en total la  
dotación de mil doscientos navíos. Esa era la  
organización militar de la ciudad real. En cuanto  
a las otras nueve provincias, cada una tenía su  
propia organización militar, y sería necesario un  
tiempo demasiado largo para explicarlas.

- c En cuanto a la autoridad y los cargos públicos,  
se organizaron desde el comienzo de la siguiente  
manera. De los diez reyes, cada uno ejercía el  
poder en la parte que le tocaba por herencia y,  
dentro de su ciudad, gobernaba a los ciudada-  
nos, hacía la mayoría de las leyes, y podía  
castigar y condenar a muerte a quien quería.  
Pero, la autoridad de unos reyes sobre los otros  
y sus mutuas relaciones estaban reguladas según  
los decretos de Poseidón. La tradición se los  
d imponía, así como una inscripción grabada por  
los primeros reyes sobre una columna de orical-  
co, que se hallaba en el centro de la isla, en el  
templo de Poseidón.

Allí se reunían los reyes periódicamente, unas  
veces cada cinco años, otras veces cada seis,  
haciendo alternar regularmente los años pares y  
los años impares. En estas reuniones deliberaban  
sobre los negocios comunes, y decidían si alguno  
de ellos había cometido alguna infracción de sus  
deberes y lo juzgaban. Cuando habían de aplicar  
la justicia, primero se juraban fidelidad mutua  
de la manera que sigue. Se soltaban toros en el

<sup>26</sup> Esta organización militar que se describe aquí es de cuño  
bárbaro. Los griegos nunca emplearon carros de combate, que sí  
utilizaban los egipcios y los persas. También la honda era un  
arma bárbara, muy en uso entre los hititas. Fueron asimismo  
famosos en tiempos de las guerras púnicas los honderos baleares.

recinto sagrado de Poseidón. Los diez reyes,  
dejados a solas, luego de haber rogado al Dios  
que los hiciera caputar la víctima que le había  
e de ser agradable, se ponían a cazar, sin armas de  
hierro, solamente con venablos de madera y con  
cuerdas. Al toro que cazaban lo llevaban a la  
columna y lo degollaban en su vértice, como  
estaba prescrito. Sobre la columna, además de  
las leyes, estaba grabado el texto de un jura-  
mento que profería los peores y más terribles  
anatemas contra el que lo violara. Así, pues,  
120 luego de haber realizado el sacrificio de conformi-  
dad con sus leyes y de haber consagrado  
todas las partes del toro, llenaban de sangre una  
crátera y rociaban con un cuajarón<sup>27</sup> de esta  
sangre a cada uno de ellos. El resto lo echaban  
al fuego, luego de haber hecho purificaciones en  
torno a toda la columna. Inmediatamente, sacan-  
do sangre de la crátera con copas de oro, y  
derramándola en el fuego, juraban juzgar de  
conformidad con las leyes escritas en la colum-  
na, castigar a quienquiera las hubiera violado  
anteriormente, no quebrantar en el futuro cons-  
cientemente ninguna de las fórmulas de la  
b inscripción, y no mandar ni obedecer más que  
de acuerdo con las leyes de su padre. Todos  
tomaban este compromiso para sí y para toda su  
descendencia. Luego cada uno bebía la sangre y  
depositaba la copa, como un exvoto, en el  
santuario del Dios.<sup>28</sup> Después de lo cual cenan-  
ban y se entregaban a otras ocupaciones nece-  
sarias.

<sup>27</sup> El término griego designa primero un grano redondo, un  
grumo, y luego un cuajarón de sangre coagulada. Es éste el  
término técnico que se empleaba para designar las gotas de  
sangre que servían para la aspersión luego del sacrificio.

<sup>28</sup> Era el uso corriente luego del sacrificio, sobre todo cuando  
se trataba de un acto solemne.

Quando llegaba la oscuridad y se había ya enfiado el fuego de los sacrificios, se vestían todos con unas túnicas muy bellas de azul oscuro y se sentaban en tierra, en las cenizas de su sacrificio sagrado. Entonces, por la noche, luego de haber apagado todas las luces en torno al santuario, juzgaban y eran juzgados, si alguno de entre ellos acusaba a otro de haber delinquido en algo. Hecha justicia, grababan las sentencias, al llegar el día, sobre una tablilla de oro, que ellos consagraban como recuerdo, lo mismo que sus ropas.

Por lo demás, había otras muchas leyes especiales sobre las atribuciones propias de cada uno de los reyes. Las más notables eran: no tomar las armas unos contra otros, socorrerse entre sí, si uno de ellos había intentado expulsar de una ciudad cualquiera una de las razas reales, deliberar en común, como sus antepasados, cambiar sus consejos en cuestiones de guerra y otros negocios orientándose mutuamente, dejando siempre la hegemonía a la raza de Atlas. Un rey no podía dar muerte a ninguno de los de su raza, si éste no era el parecer de más de la mitad de los diez reyes.

Ahora bien, el poder que existía entonces en aquel país, con su inmensa calidad y su grandeza, el Dios lo dirigió contra nuestras regiones, por lo que se cuenta, y por alguna razón del tipo de la que vamos a dar aquí.

<sup>e</sup> Durante numerosas generaciones y en la medida en que estuvo sobre ellos la naturaleza del Dios dominándolo todo, los reyes atendieron a las leyes y permanecieron ligados al principio divino, con el que estaban emparentados. Sus

121 pensamientos eran verdaderos y grandes en todo; ellos hacían uso de la bondad y también del juicio y sensatez en los acontecimientos que se presentaban, y eso unos respecto de otros. Por eso, despegados de todo aquello que no fuera la virtud, hacían ellos poco caso de sus bienes: llevaban como una carga el peso de su oro y de sus demás riquezas, sin dejarse embriagar por el exceso de su fortuna, no perdían el dominio de sí mismos y caminaban con rectitud. Con una clarividencia aguda y lúcida, veían ellos que todas estas ventajas se ven aumentadas con el mutuo afecto unido a la virtud y que, por el contrario, el afán excesivo de estos bienes y la estima que se tiene de ellos hacen perder esos mismos bienes, y que la virtud muere asimismo con ellos. De acuerdo con estos razonamientos y gracias a la constante presencia entre ellos del principio divino, no dejaban de aumentar en provecho de ellos todos estos bienes que hemos ya enumerado. Pero, cuando comenzó a disminuir en ellos ese principio divino, como consecuencia del cruce repetido con numerosos elementos mortales, es decir, cuando comenzó adominar en ellos el carácter humano, entonces, incapaces ya de soportar su prosperidad presente, cayeron en la indecencia.

Se mostraron repugnantes a los hombres clarividentes, porque habían dejado perder los más bellos de entre los bienes más estimables. Por el contrario, para quien no es capaz de discernir bien qué clase de vida contribuye verdaderamente a la felicidad, fue entonces precisamente cuando parecieron ser realmente bellos y dichosos, poseídos como estaban de una avidez injusta y de un poder sin límites. Y el Dios de los dioses, Zeus, que reina con las leyes y que,

ciertamente, tenía poder para conocer todos estos hechos, comprendió qué disposiciones y actitudes despreciables tomaba esa raza, que había tenido un carácter primitivo tan excelente. Y quiso aplicar un castigo, para hacerlos reflexionar y llevarlos a una mayor moderación. Con este fin reunió él a todos los dioses en su mansión más noble y bella: ésta se halla situada en el centro del Universo y puede ver desde lo alto todo aquello que participa del devenir. Y, habiéndolos reunido, les dijo: .....

## INDICE

NOTA PRELIMINAR .....	Pág. 7
CRITIAS o LA ATLANTIDA .....	28
Timeo, Critias, Sócrates, Hermócrates .....	29

- 69 bis **Vico: Autobiografía.**
84. **Platón: Timeo.**
85. **Leibniz: Sistema nuevo de la naturaleza y de la comunicación de las sustancias, así como también de la unión entre el alma y el cuerpo.**
86. **Descartes: Las pasiones del alma.**
88. **Platón: Parménides.**
89. **Jenófanes de Colofón: Fragmentos y testimonios.**
90. **Empédocles: Sobre la naturaleza de los seres. Las purificaciones.**
91. **Leucipo y Demócrito: Fragmentos.**
92. **Plotino: Enéada segunda.**
94. **Schopenhauer: Los dos problemas fundamentales de la ética. Tomo I: Sobre el libre albedrío.**
95. **Schopenhauer: Los dos problemas fundamentales de la ética. Tomo II: El fundamento de la moral.**
- 110 bis **Leibniz: Nuevo tratado sobre el entendimiento humano Tomo II. De las ideas.**
- 111 bis **Leibniz: Nuevo tratado sobre el entendimiento humano. Tomo III: De las palabras.**
116. **Abelardo: Etica.**
117. **Peirce: Mi alegato en favor del pragmatismo.**

Esta edición de 3.000 ejemplares, se terminó de imprimir en los talleres gráficos LITODAR, Av. J. M. Moreno 1540-50, Bs. As. en Setiembre de 1975.